



INOCENCIA ROBADA

Silvia de la Cuadra

INOCENCIA ROBADA



Primera edición: octubre de 2023

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Silvia de la Cuadra

ISBN: 978-84-19899-94-1

ISBN digital: M-19899-95-8

Depósito legal: M-30727-2023

Editorial Adarve

c/ Luis Vives 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A las víctimas acalladas por el miedo
y a todos los que me han acompañado
y apoyado en este viaje*

I

Aquella fue la primera vez que me enfrenté a un caso así. Nunca había conocido a alguien como ella en toda mi carrera profesional. Quienes acuden a mi consulta traen inseguridad, incertidumbre. Un camino que va desde un toque de desvarío a una chispa de locura. No me refiero a una locura creativa, sino a aquella que desencadena un posible ingreso. Ella me impactó nada más entrar en la habitación. De mediana edad, con la apariencia de una niña desvalida, me pareció totalmente desorientada. Dudaba si quitarse el abrigo o dejárselo puesto, buscaba dónde soltar el bolso, sin percatarse del perchero que había junto a la puerta. Con el tiempo he ido dando algunos toques a la decoración de la consulta hasta resultar la habitación más acogedora de la casa. La luz proviene de la salida directa al jardín y permite que penetren los aromas de todas mis plantas. Gran cantidad de estanterías, repletas de libros, visten las paredes. Una gran mesa de despacho con un par de sillas para la toma de contacto con los pacientes y un confortable sillón para mí, forman el conjunto de trabajo donde nunca falta un jarrón con flores

frescas. Por supuesto, aunque sea un tópico, un cómodo diván, donde los pacientes pueden relajarse durante la sesión. Todo dispuesto para que se sientan como en casa.

Una mezcla entre miedo y tristeza se le adivinaba en el rostro. Mientras abría su historial, me confesó que nunca había contado su tragedia; yo sería la primera persona a la que iba a revelar su terrible secreto, guardado con terror demasiados años, atormentando su existencia, haciéndole sufrir excesivamente. Necesitaba liberarse de una vez.

Había intentado contárselo a su hermana hacía poco, pues se suponía que entre ellas no había secretos, pero no había sido capaz antes. En cada intento rompía a llorar, tan solo conseguía entre sollozos, suplicar el cobijo de sus brazos. Fue ella quien le recomendó ponerse en manos de una persona fuera de su entorno, profesional, con quien al amparo del incógnito, no tuviera tanto pudor en hablar.

Jamás habían reclamado una cita con tanta urgencia en mi consulta. Quizás el miedo a volverse atrás. Una vez tomados los datos, le sugerí que se acomodara sobre el diván.

Con la voz temblorosa, me pidió por favor un vaso de agua. No podía articular palabra. Llamé a Sara, mi enfermera, para que se lo trajese. De la forma más cercana le rogué que se tranquilizase. Cualquier secreto revelado, todas y cada una de sus palabras, quedarían allí, entre las cuatro paredes de la consulta.

Al abrirse las puertas, cuando Sara volvía con el vaso de agua, Susana se sobresaltó. Se asustaba con cualquier ruido, o con el simple movimiento de los visillos al paso

de la brisa tras la ventana que estaba abierta. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, volvió a levantarme para disponerme a cerrar la ventana. Aun en invierno, con la calefacción encendida, me gusta tener la ventana abierta. El susurro del viento, me hace concentrarme mejor en las confesiones de mis pacientes. Antes de empezar a hablar bebió el vaso de agua de un trago. Le temblaba tanto el pulso, que unas gotas de agua le resbalaron por la comisura de sus labios y rápidamente se limpió con el dorso de la mano. Su nerviosismo le había impedido ver la caja de pañuelos de papel que había sobre el escritorio.

A través de la blusa, se le podían contar los latidos del corazón, aunque hubiera sido difícil llevar la cuenta, pues le latía demasiado deprisa. Sus primeras palabras fueron un ovillo de ideas.

—Todo está apelotonado en mi cabeza. Me golpea como un mazo una y otra vez, como un juez poniendo orden en la sala sin éxito, un estruendoso ruido que escucho continuamente. Voy a terminar volviéndome loca, debo soltar todo cuanto antes. Necesito saber si soy culpable por callar durante todo este tiempo, o si mi cobardía y silencio son justificados —con un hilo de voz, apenas audible, siguió—: Fui víctima de abusos sexuales durante mi infancia, a manos de mi tío.

Un ataque de ansiedad le sobrevino, tuve que levantarme apresuradamente; le faltaba el aire, se asfixiaba. La incorporé y le ayudé a controlar la respiración.

—Tranquila, respira hondo por la nariz y suelta despacio por la boca —cuando retornó a una fingida serenidad,

le dije que en mis archivos, por desgracia, tenía más casos similares de los que me gustaría haber tratado—. El primer objetivo es trabajar el sentimiento de culpabilidad, eres una víctima. Nadie debe sufrir experiencias de ese tipo.

En esos momentos, entré en furia contenida para no volver a causarle una nueva crisis de ansiedad. Ni yo misma con años de experiencia, con muchos casos similares tratados, era capaz de contener la rabia hacia un verdugo todavía desconocido para mí.

Sin darnos cuenta, sin noción del tiempo transcurrido, casi tres horas, aquella primera sesión fue de las más duras para mí. Nunca me había costado tanto conseguir la confianza de ninguno de mis pacientes.

Sobresaltada se miró el reloj, con los mismos nervios con los que entró, salió del gabinete. Apresurada, cogió sus cosas a la vez que me suplicaba que la llamara al día siguiente para una nueva cita.

Tras su marcha me quedé paralizada. Con la sensación de que al marcharse corriendo de allí, se hubiese dejado olvidados todos sus temores y sus nervios, para que los administrara yo. Estuve varios minutos pensativa, perdida, indecisa, sin saber qué hacer. No sabía si levantarme o quedarme sentada y calmar mis injustificados nervios con la música que en tantas ocasiones utilizo para mis pacientes; o por el contrario, salir al jardín a respirar aire fresco. ¿Cómo empezar la próxima visita de Susana, a la que vería justo en una semana? Una larga semana de espera.

II

Nada más llegar a la segunda cita se quitó el abrigo y lo colgó junto al bolso en el perchero. Fui a cerrar la ventana, pues supuse que como la vez anterior, le incomodaría que permaneciera abierta. Me pidió que no lo hiciera; necesitaba sentir el aire y llevaba consigo un chal para cubrirse. Con seguridad, se fue directamente hacia el diván. Me preguntó si podía encender un cigarrillo. Había visto sobre mi mesa un cenicero, un paquete de tabaco con el mechero, todo perfectamente colocado. Reconozco que para ser psicóloga, soy demasiado maniática con el orden; para poder trabajar, todo debe estar en su lugar, de manera estricta, si no, soy incapaz de concentrarme en lo que me están hablando, mi mente se distrae.

Su primera calada la mantuvo unos segundos que me parecieron eternos, hasta que expirando soltó las primeras palabras. Parecía que había estado ensayando durante toda la semana: las lanzó como un bofetón, sin pensarlo.

—De bebé, ya eras apetecible —fue lo primero que dijo con voz temblorosa. Era lo que le susurraba, jadeante, su verdugo. Se produjo un silencio sepulcral durante unos

segundos; me parecieron largos minutos, durante los cuales no dejaba de resonar en mi cabeza esa frase tan dura, tan difícil de pronunciar. Una lágrima resbaló sobre su mejilla. Volvió a dar otra calada, esta vez menos profunda.

Yo había tratado antes algún otro caso de pederastia, de abusos sexuales, pero este, alguien que le dijera a una niña que ya de bebé era apetecible, era lo más fuerte y macabro que había escuchado jamás.

Siguió fumando y mirando al techo, sin darse cuenta de que le había caído ceniza de la última calada sobre la blusa.

—Siempre me he preguntado por qué a mí, ¿por qué me eligió? —continuó diciendo—. Siempre la misma pregunta, junto a la del porqué de mi cobardía.

—No es cobardía el tener miedo, eras una niña —le contesté—. La cobardía viene de su parte. Nadie está preparado para algo así tan pronto en su vida. A partir de ahora llama a las cosas por su nombre, aunque te incomode, y cortas cuando lo estimes oportuno. Por duro que te parezca hay que hacerlo. No me has dicho qué edad tenías cuando sucedió esto.

—No sabría decirte —contestó—. No hay un recuerdo de mi infancia en el que no aparezca el monstruo. Ninguna etapa sin miedo, una y otra vez se apodera de mi mente. Aún me sigo preguntando cómo nadie se dio cuenta de lo que estaba haciendo conmigo, logrando así salir impune.

Ahora era la imagen de un ser destrozado. Sollozaba con la mirada fija en el techo. No dejaban de resbalar lágrimas por sus mejillas hasta el cuello de la blusa.

Confieso que fue la primera vez que sentí la tentación de encender un cigarrillo mientras trataba a un paciente. Le tendí la caja de pañuelos. En vez de coger uno, se quedó con la caja. Apagó la colilla en el cenicero. Para poder seguir hablando, pidió agua. Llamé a mi discreta enfermera para que trajera una jarra de agua y dos vasos, yo también lo necesitaba.

—Recuerdo un día caluroso de verano, estábamos en el río. Era un excelente nadador. No era demasiado alto pero tenía cuerpo de atleta; músculos pronunciados, manos robustas repletas de arañazos, de pescar sin caña bajo las rocas peces y cangrejos que guardaba dentro del bañador. No sentía dolor, parecía inmune a todo, era fuerte, muy fuerte. Contaban en mi familia que una madrugada en las fiestas patronales, una vaca brava estuvo a punto de embestirlo, pero él la encaró con sangre fría. La cogió por los cuernos y la tumbó dejándola bloqueada. La muchedumbre aplaudió y le lanzó aplausos, vítores, gritos de admiración. ¡Ojalá la vaca lo hubiera destrozado en ese momento! —esbozó con rabia cerrando los ojos y temblando de nuevo—. Quizás eso lo hubiera evitado todo —no rompí el breve silencio tras esta confesión—. Era verano —continuó narrando—, nos estábamos bañando en el río mis hermanos y primos, sus hijos. Él había ido en busca de algunos peces, le encantaban, era su exquisitez, cuando luego los cocinaba mi abuela. Era una excelente cocinera, cualquier guiso tradicional, de pueblo, lo hacía exquisito —con demasiada facilidad, Susana se iba del contexto; su mente, quería retrasar el decir o recordar

aquel momento—. Estaba tumbada en la orilla del río, mientras mis hermanos y primos hacían un hoyo donde guardar los peces que, en breve, traería mi verdugo, guardados en el bañador. Me niego a llamarle tío, es un término que implica cariño, lo llamaré «verdugo» —dijo con rabia, mordiéndose el labio inferior.

—Tranquila —le dije—, nómbrale cómo desees.

—Lo que no imaginaba en aquel lugar de paz y tranquilidad, de saberme en familia, era lo que me iba a ocurrir instantes después. De repente, sentí cómo me agarraban de los pies hasta la mitad del río y luego sentirme arrastrar corriente abajo. Mis primos y hermanos se quedaron impassibles, con ojillos de envidia, por no haber sido ninguno de ellos el elegido, pensando que me llevaría a explorar lugares escondidos donde nadie se atrevía a llegar. Para ello, necesitas ser un experto nadador. Les perdí de vista, a la vez que pensaba: ¿a qué recónditos lugares llegaríamos? Era la primera vez que ocurría. Ni en mis peores pesadillas, mi mente infantil podría haber soñado e imaginado lo que me aguardaba.

Susana se cubrió el rostro con ambas manos. Unos segundos de silencio, junto a un llanto inconsolable, irrumpió en su falsa serenidad.

¿Qué niña es capaz, ante tal acto de valentía y fuerza, de confesar todo lo que le estaba ocurriendo? Solo con pensar el daño que podría caerle a su idolatrado padre, dejándole malherido, o por qué no, muerto, la dejaba paralizada, con un pavor insuperable, expuesta a aquella voluntad enferma de seguir abusando de ella. Por ello,

decidió seguir callada para siempre, aunque sin perder la esperanza, suplicando cada vez que la sometía a sus abusos, fuera sorprendido, y así acabar de una maldita vez su infierno. Pero no fue así, jamás les sorprendieron. Era demasiado meticuloso e inteligente, como para ser pillado *in fraganti*, siempre con todo perfectamente planeado, buscaba los momentos adecuados para ejecutar una y otra vez sus barbaries.

Como psicóloga estaba perdiendo mi obligado distanciamiento y neutralidad con los pacientes. Sentía la angustia, la impotencia y la rabia de Susana. Comencé a tener pesadillas. Se anuló toda mi profesionalidad. Estaban a punto de salir a flote mis inseguridades fuera de la consulta. Era muy costoso atajar tanto dolor y frustración durante las sesiones, pero no podía contenerla. Al quedarme sola, ante las cuatro paredes de mi despacho, o más tarde al irme a la cama, a duras penas podía contener las lágrimas.

Mientras Susana me relataba cada día los hechos, tenía la obligación de transmitirle confianza en mí como profesional; una situación crítica en la que no me había hallado jamás en mi carrera.

Era un caso absorbente y éramos conscientes ambas de que iba a ser una larga y duradera terapia. Aun así, nos quedaba la sensación de necesitar más tiempo en cada sesión. Susana necesitaba imperiosamente terminar al fin con su eterna pesadilla y yo estaba atrapada, como si leyera una novela que quieres devorar sin parar, para saber cada desenlace. A veces sentía la tentación de ci-

tarla dos veces por semana. Me atrapó tanto el caso, que sentía la necesidad de terminar con ello, para volver a la normalidad y poder conciliar el sueño profundo del que había gozado hasta ese momento; volver a tener una vida fuera del despacho; incluso, reiniciar mis citas y tertulias con amigos, colegas de oficio, tomar una copa con ellos, hacer cosas triviales. Intentaba, sin éxito, encontrar un por qué a una mente tan fría y enfermiza como la del «verdugo».